





NO HE VENIDO
A VER EL CIELO

Presina Pereiro

ELVO Editorial · Poesía
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: octubre, 2022.

© Presentación Pereiro.
© ELVO editorial.
© del prólogo: Javier del Prado.
© de la fotografía solapa: Laura Fernández Pereiro.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1498-2022
ISBN: 978-84-124591-8-0



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

NO HE VENIDO A VER EL CIELO



Presina Pereiro

A modo de prólogo

Yo tampoco, este cielo de ahora me asusta con sus imprevisibles llamaradas y sus eternos azules silenciosos. Porque me asusta la «turbia sangre» que simula incendios y que fuera reclamo de Nueva York para Lorca y, según parece, para Presina Pereiro, en la cita que pone su libro de poemas bajo la advocación del poeta granadino... Y me asusta los cielos azules que solo hablan del silencio y en silencio.

Cómo me asustan los cielos vacíos.

Y este conjunto de poemas, de la poeta que en este momento tengo el placer y el miedo de prologar, se me ha aparecido como un cielo de palabras esenciales, tan esenciales y desprovisto de asideros existenciales que casi me parece el cielo-dios-vacío que nos dejara en herencia, hermosa y dolorosa, Mallarmé: un cielo poblado de palabras sugeridas, de sensaciones y conceptos evocados, de los que, parece, va emergiendo un ser (el duende o ángel de la poeta), pero de tal manera dichos y enlazados, que las palabras se diluyen en poeticidad sugerida, antes de que yo, lector atento y subyugado, pueda cazarlas con la red de mis entendederas; y, una vez cazadas, elaborar con ellas un discurso que me explique, que me dé continuidad mental o emocional a la magia poética que voy leyendo y que, según voy leyendo, se disuelve en vibraciones por mi mente.

Si, alguna vez, ha cobrado realidad, en algún texto, la metáfora (o alegoría) del pájaro en vuelo que nos regala Ge-

rardo Diego, en su famosa *Antología poética*, para decirnos lo que es para él la poesía, para mí, ha sido ahora, en este texto: la poesía es, en ese *cielo que no se quiere visitar*, ese pájaro vibrante que vemos en el azul ausente; el poeta prepara sus redes mentales y lingüísticas para darle caza, pues está ahí, al alcance de la mano; lanza su red de palabras y de música hacia el pájaro... y cuando cierra la mano en puño (ese poema) y luego lo abre, el poeta ya nada encuentra entre sus dedos; el pájaro ha volado y el poeta lo vislumbra allá, en otro rincón del cielo: en otro poema posible... en otro libro.

Así me pasa a mí, lector de pocas redes, con el libro de Presina Pereiro: se ha empeñado en hacerme volar, con las redes lanzadas, de evanescencia en evanescencia, en pos de su yo y me encuentro, a mi vez, resuelto en evanescencia crítica.

No he venido a ver el cielo, yo tampoco. He venido «para distinguir la imagen del reflejo» (frase que sigue en letra muy chiquitita al título del libro —¿será que también tiene voluntad de desaparición?... He venido, y en ese juego de espejos y de falsos espejos de palabra fijar, digo yo, la esencia del ser: no sólo la levedad («eternidad en un instante», «bailar en el albor», «componer poemas en sordina»), que también, pero su inevitable evanescencia con voluntad de futuro («hasta que llegue el alba para alumbrar inercias»). ¿Y el presente del ser, sí; cuerpo y mente?

El ser. Sí. No he venido a ver el cielo es un libro de poemas con voluntad ontológica. No se trata en él de sentimientos dolorosos del yo ante tan inevitable evanescencia, (y se agradece esa ausencia de sentimentalismo, tan a la moda, hoy, en esta época de pseudo-romanticismo). Tampoco se trata en él de sensaciones corporales, eróticas u otras) en las que el poeta actual (sobre todo el poeta femenino) quiere apresar, dominar y darle un cuerpo verbal y amoroso, eró-

tico a esa evanescencia. No se trata... a pesar de alusiones sociopolítica hechas muy de pasada, aunque con claridad hiriente (mundo obrero, mujer, homosexualidad).

Se trata de poesía conceptual, como tanta del tercer Juan Ramón (y alguno se escandalizará al leerme esta palabra) en la que la poeta quiere dar un cuerpo de aire, de movimiento, de cambio, de temblor, de vibración y de desaparición a ese yo que, a pesar de la vida (pues vivimos, aunque la poeta dude de ello, en especial de su capacidad para vivir), a pesar del pensamiento (pues pensamos, aunque la poeta dude del valor tangible del pensamiento, de su pensamiento), a pesar de la palabra (pues hablamos, aunque la poeta dude de la capacidad de la palabra, en especial de su palabra, para asir esa realidad del yo), a pesar de la música (pues cantamos, aunque la poeta dude de la capacidad de esa melodía, de su armoniosa melodía, para decir la realidad del cuerpo: ese bulto, denso y opaco, casi ausente de este puñado de poema-reino desarbolado de la palabra.

*Estaba en mí, en mis instintos,
como místico símbolo y turbia sangre,
pentagrama de notas peregrinas,
danza quieta de la idea y del ser.*

Ontología poética, a la caza imposible (a la creación) de un yo, pura compulsión aérea (es decir espiritual), que no se sabe existir pero que se siente existente, antitético de un yo que podía haber sido un ente apresado (ciertas alusiones existenciales e incluso sociopolíticas lo indican) en y por la densidad, el espesor y pesadez del yo material-erótico, pero que se ha desnudado de existencia visible (sus vestimentas y sus hábitos). Incluso la pesadumbre del yo moderno se vuel-

ve aéreo en la poética flotante y aleatoria, consciente de un hipotético no saber de Presina Pereiro.

*Me saqué la chaqueta de utopía,
desabroché la blusa tejida de ilusiones
y abrí la cremallera de una falda bordada de ansiedades.
Desnuda,
frente al espejo que amarillea
exhausto de límites y de errores...*

*Si no puedo seguir [...]
Seré la intangible evidencia de un instante.*

Pero esta mañana al despertarme, frente a la ventana que da al jardín, lo que tenía ante mí era un cielo de un azul casi transparente.

Cuando le he dado la espalda, al volver la cabeza, ese mismo cielo se ha quedado cubierto por un chorreón de escritura, de un verde tinta china: el follaje de los dos abetos que cierran mi horizontal vegetal caía, en tiras frágiles y temblorosas, pero muy apretadas, en las que, en ocasiones, según la brisa, unas veces dominaba la luz de la mañana que chorreaba, vertical, tras el follaje, hacia el césped, aún en sombra, y otras dominaba el verde del follaje, que también caía, en tiras más perfiladas sobre él, ahora fondo dorado de la luz de una página apenas visible.

Mi visión era lo más parecido a un grabado chino, en el que la escritura vertical del poema se integra, colina, pagoda o árbol, en la totalidad de la obra formando un todo ideal. Esta visión ha sido como un fogonazo que me ha permitido comprender, desde dentro, la esencia misma de la escri-

tura de Presina Pereiro: dimensión esencial, pero flotante, de su escritura; la sugerencias veladas de su semántica (¡ay, qué maravilla de metáforas, sacadas de la vida y objetos cotidianos!), la filigrana temblorosa de su escritura: su dibujo mental que intentan captar la nada del ser: en ese flotar del ser y del pensar. Arrastrando tras sí el temblor de la palabra, el poema se vuelve encaje. No el encaje enorme, en negro, de Mallarmé en UN COUP DE DE... que se va desplegando como el libro chino para envolver y amortajar el mausoleo de la duda (la Gran Duda); sino el encaje pequeño, casi mínimo pañuelo, en gris azulado, apto para envolver y ofrecernos cada una de sus pequeñas, aunque hirientes dudas.

Sí. El libro de poemas de Presina Pereiro es regalo doloroso.

Ante mi grabado chino, he abandonado el montón de fichas que tenía, con el fin de hacer una presentación metódica del texto, según mi molesta costumbre.

Montón y método que me tenía atenazado durante meses sin poder decir por qué me seducía, a mí, justamente, un texto que, con método y con sistema no podía explicar o si lo explicaba, mi explicación no me satisfacía:

1.— Esta *poesía de la dificultad de ser* (en su ontología), frente a la duda que domina su conciencia de sí misma y la hipótesis de vida/no vida que esa duda y esa hipótesis que dominan todos los campos del ser como esencia y como existencia; incluso, como ya he dicho, cuando se vislumbra en algún ramalazo de posible poema «social» la profunda conciencia y ternura sociales que domina el universo emocional de la poeta: «lucha del obrero de Gdansk», «exilio del judío que escapó de Odessa», «llaga de un miliciano en el frente de Ebro», «mi voz es hiel de homosexual acorralado en contradicciones...».

Incapacidad, impotencia, inseguridad y dudas:

*Si no puedo seguir,
si el rayo de luz fría rompe esta bruma lenta,
roja y débil, si acaso se detienen los días de agua y tierra,
si me quiebro,
si como a hoja de olmo el viento me batiese,
si perdiese mi rumbo,
seré la intangible evidencia de un instante,
la música que ahuyenta el clamor de las sombras,
aquel aljibe hondo que ahoga soledades
y esa brisa ligera que serena.*

2.— *Esta poesía de la dificultad de decir el mundo y de decirse, (en su poética), dudando de la palabra (olvidada), dudando de la sintaxis (engañosa y dudando de la música no aprendida aunque intuita en los movimientos del alma)*

*Nunca supe danzar aquel vals de los sueños,
no comí la manzana que adornó el paraíso,*

...

*Nunca supe ser canto que adornase salones,
no bebí néctar de amapolas
ni mis dedos tocaron el Parnaso.*

...

*Mi sinfonía es tarda y atormentada,
llanto sofocado de la mujer maltrecha.*

...

Es el rugido sordo que destruye Palmira».

No conforman un verso, las palabras que me sirven de título a esta introducción. Es el título mismo del libro; y este título se me ofrece como pórtico-enigma de entrada a los poemas que Presina Pereiro nos regala. No son muchos esos poemas. Su escasez («20 poemas» nos dice ella misma), calculada, sin lugar a dudas, medida junto a la brevedad de algunos de estos. Portico-enigma, a su vez, cada uno de ellos que abren y cierran la entrada a ese universo real e imaginario que es todo libro de poemas: místico símbolo en el tejerse y destejarse de preguntas sin respuesta y de realidades a penas visibles.

Muy lejos queda Lorca, salvo por esa «turbia sangre» que aparece una sola vez en los poemas de Presina Pereiro. No podía ser de otro modo. Para que haya sangre tiene que haber violencia, víctima propiciatoria, sacrificio sangrante, muerte (los obsesivos mataderos y los muelles de carga y descarga que pueblan los rincones de POETA EN NUEVA YORK...). Nada que ver con el «místico símbolo».

Uno muere desangrado (el terrible Cristo de Grunewal, chorreando sangre por todo su cuerpo) o uno muere (o pasa a otra vida) por sublimación, como los cuerpos vaporosos en los cielos del Tiepolo.

Javier del Prado Biezma

*Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
He venido para ver la turbia sangre...*

«Nueva York», Poeta en Nueva York
Federico García Lorca

NO HE VENIDO
A VER EL CIELO

Era palabra

Estaba en mí, en mis instintos,
era místico símbolo y turbia sangre,
pentagrama de figuras peregrinas,
danza de la idea y del ser.

Estaba en mí, como rasgo natural,
era génesis de cada madrugada,
con empeño de cosmos,
de reflejo, de esfera, de itinerario y agua.

Estaba en mí, penetraba en mis creencias,
en mi ayer sinuoso, en el hoy,
abarcaba lo aceptado, lo visible,
lo intangible, lo perdido, lo recóndito,
y traspasaba la muerte como extremo.

Estaba en mí, en cada pensamiento,
como una inclinación imperativa,
lema, llamada de lo hermético
geométrica y humana,
sabía como canal donde la savia fluye.

Para sobrevivir

Creo que sigo viva
e ignoro qué es vivir.
Me deslizo en los días
sin saber que son días.
Invento ser amada
y no sé qué es amor.
Sueño, pienso,
quiero creer
sin entender qué ocurre.
Sé que la lluvia cae
y sigo estando seca.
Evoco lo pasado
y sobrevivo.

Tiempos difíciles

Cuando escribo me exijo ser sincera,
no renuncio a un tañido de poesía
ni ignoro el compromiso inevitable
con el tiempo en que vivo,
ese tiempo que ondea bandera de albedrío,
que intimida la voz,
y aplaude los silencios.
Ese tiempo de idea sofocada,
de movimiento radial y acaudillado,
ese tiempo que late entumecido,
convulso, porfiado,
ese tiempo que Luis Vives
también definiría como espinoso intervalo.

Nunca supe

Nunca supe danzar aquel vals de los sueños,
no comí la manzana que adornó el paraíso,
ni rasgué con los dientes su piel cerrada y roja.

Mi música es solo eco de disonantes voces,
la lucha de un obrero en Gdansk,
exilio del judío que escapó de Odessa,
desolación de la polaca en Auschwitz,
llaga de un miliciano en el frente del Ebro,
y desamparo de la niña que no encontró futuro
en el polvo blanco e ilusorio.

Nunca supe ser canto que adornase salones,
no bebí néctar de amapolas
ni mis dedos tocaron el Parnaso.

Mi sinfonía es penumbra tarda y atormentada,
el llanto sofocado de la mujer maltrecha,
es hiel de homosexual acorralado en represiones,
y exhalar del muchacho que quedó en Alborán,

es el rugido sordo que destruye Palmira,
la soledad del poeta arrastrado al destierro,
y la cierta palabra silenciada.

Es por eso, es desde eso,
que acumulo emociones en mi armario
y a veces las escribo.